

1 LA DISCIPLINA

«Los *Meetings*», como suelen llamar sus iniciados a los congresos anuales de las Allied Social Science Associations, en cuyo programa domina la American Economic Association (AEA), se desarrollan todos los años como si fueran un *Brigadoon* urbano y cada año en una ciudad distinta. El primer fin de semana después del día de Año Nuevo, los economistas miembros de la AEA y algunos adláteres se reúnen en un gran hotel –o en varios grandes hoteles– para dar charlas, conocer las ideas más recientes, enterarse de las últimas controversias, entrevistar a los que buscan empleo y simplemente cotillear. Asisten unas 8.000 personas, dependiendo de la ciudad; alrededor de 12.000 miembros de la AEA se quedan en casa, contentos de que su capital intelectual les sirva durante otro año (pueden hojear los mejores artículos cuando se publican las versiones abreviadas en mayo). Hay en Estados Unidos quizá otros 18.000 economistas profesionales que no se molestan en hacerse miembros de la asociación. Es en los *Meetings* donde la economía está representada ceremonialmente por sus adeptos; ellos son el capital de una república de ideas regulada por determinadas leyes.

Los programas de los *Meetings* conforman un libro de alrededor de 400 páginas. Sin embargo, todo el mundo parece que sabe lo que tiene que hacer exactamente; las conversaciones se reanudan más o menos donde se dejaron el año anterior. Pero con antelación se maquinan grandes intrigas entre bastidores que después se desarrollan en público sin apenas dar pistas sobre la identidad del atracador y del atracado. Los iniciados saben claramente cuál es su lugar: hay muy pocos problemas, salvo algún que otro gemido. Siempre hay un puñado de personas de fuera. Todos los años asisten por primera vez unos cuantos periodistas. Todo está abierto, todo se dice con vistas al futuro; ninguna conversación parece acabar nun-

ca. Son dos días y medio de intensos intercambios de uno u otro tipo, y a continuación los asistentes desaparecen.

La AEA es, si no la asociación más antigua de los que se consideran a sí mismos economistas científicos, sí al menos el foro más visible en el que éstos se reúnen. Entre sus miembros se encuentran las personas que reciben el Premio Nobel, escriben libros, acuñan el vocabulario de la disciplina, forman parte del equipo del Council of Economic Advisers del presidente de Estados Unidos, asesoran a los responsables de los bancos centrales, a Wall Street y a la City de Londres, y formulan las teorías con las que analizamos las cuestiones de la actualidad. Pero sobre todo aquí están las personas que enseñan la ciencia económica a la siguiente generación en las universidades. De hecho, la inmensa mayoría de los aproximadamente 18.000 miembros que integran la asociación son profesores. Exceptuando cuatro estudiosos de la Brookings Institution, tres antiguos economistas convertidos en presidentes de universidad y un economista del Institute for Advanced Study de Princeton, la AEA no ha sido presidida nunca por nadie que no fuera profesor universitario desde que se fundó en 1885 (Paul Douglas, profesor de la Universidad de Chicago, fue presidente un año antes de que fuera elegido senador de Estados Unidos por el estado de Illinois). Tampoco ha sido presidida nunca por nadie que no fuera ciudadano de Estados Unidos, incluidos los tres presidentes nacidos en Canadá.

Un economista puede dejar su impronta de muchas formas, no sólo como investigador o como profesor: también puede destacar dirigiendo una empresa, presidiendo una universidad, ganando mucho dinero, administrando una fundación, gobernando un banco central, convirtiéndose en un experto en política económica, dedicándose a analizar datos, siendo un poderoso asesor o incluso dedicándose a la política. Al menos hasta hace poco –quizá aún hoy– los que se ganaban la vida en los mercados financieros hacían una clara distinción entre los economistas académicos y los *hombres (y mujeres) de los mercados*, que eran aquellos cuyos instintos se habían forjado más con la experiencia práctica que con la investigación y la docencia. Una figura tan importante como Paul Volcker menospreciaba el saber económico obtenido de la lectura, aun a pesar de que (o quizá porque) hizo un máster en Harvard a principios de la década de 1950. Su sucesor, Alan Greenspan, se doctoró en la Universidad de Nueva York, pero sólo veintisiete años después de licenciarse y presidir durante un mandato el Council of Economic Advisers del presidente de Estados Unidos. La National Association of Business Economists, que se reúne en otoño, va dirigida a los analistas más prácticos que trabajan principalmente para empresas financieras e industriales; la Academy of Management, dirigida a profesores de escuelas de administración de empresas y consultores, se reúne en verano. Y la inmensa mayoría de los que par-

ticipan en los mercados –los ejecutivos, los gestores de dinero, los operadores, los contables, los abogados y los profesionales de todo tipo– no son, desde luego, economistas.

En los últimos años, algunos economistas muy buenos se han ido a trabajar a Wall Street y unos cuantos siguen siendo miembros de la AEA, aunque ahora su objetivo principal sea ganar dinero en lugar de buscar explicaciones. Pero la importancia de los *Meetings* radica en que la economía es, en sus niveles más altos, una ciencia practicada y supervisada por profesores, como la astronomía, la química, la física y la biología molecular. Así ha sido cada vez más desde Adam Smith, que fue, después de todo, el primer economista que trabajó en una universidad (la Universidad de Glasgow). Esta comunidad profundamente estructurada de pares que se autoseleccionan es el estrato más alto en el mundo de la economía técnica.

En el programa dice «American», pero durante los cincuenta últimos años, los *Meetings* también han sido *de facto* la organización mundial, ya que es en Estados Unidos donde los debates de economía son, como sus mercados financieros, más líquidos y profundos. Bajo el paraguas de la American Social Science Association –que es en sí misma una reliquia de las batallas del siglo XIX entre los reformistas, los líderes religiosos, los historiadores y los economistas que dieron origen a la AEA–, existe una vaga jerarquía de asociaciones económicas menos profesionales, más de cincuenta, de las cuales la AEA es la más importante (la American Historical Association hace tiempo que se independizó). Las asociaciones más especializadas están organizadas tanto por zonas geográficas como por funciones: las Western, Eastern, Southern y Midwest Associations; la Finance Association; la Public Choice Association; la Union of Radical Political Economists; la Economic Science Association, de los experimentalistas, y así sucesivamente. Todas funcionan dando por sobreentendido que aquellos a los que se les da bien buscar explicaciones que son convincentes para un grupo querrán presentarlas en la siguiente instancia superior hasta que sean aceptadas o rechazadas por todos.

La elitista Econometric Society es mucho más internacional que la AEA. Se creó en la década de 1930, con un carácter explícitamente internacional: la mitad de sus miembros reside fuera de Estados Unidos, elige deliberadamente a sus presidentes cada vez en un continente y celebra reuniones periódicas anuales o bienales en cada continente y un congreso mundial cada cinco años. Sus miembros son de dos clases. Cualquiera puede hacerse socio, pero los miembros numerarios (*fellows*) de la asociación son propuestos por los miembros numerarios existentes, a veces incluso antes de que cumplan los treinta y cinco años. Sobre los candidatos votan los propios miembros numerarios y casi dos tercios de todos los candidatos propuestos son rechazados al primer intento. El resultado es una asociación conscientemente internacional integrada por la flor y nata de los econo-

mistas técnicos –a finales de 2004, la componían 580 miembros numerarios, de los cuales 141 permanecen «inactivos», lo cual significa que casi todos eran mayores, y 4.910 miembros ordinarios–, que no busca deliberadamente notoriedad. Sin embargo, aunque el nivel intelectual de la Econometric Society es mucho más alto, en realidad se encuentra un escalón por debajo de la AEA desde el punto de vista del reconocimiento público, pues es la AEA la que aspira conscientemente a ser el gran paraguas, el foro en el que deben someterse a examen, comparación y confrontación todos los trabajos serios, en el que deben volver a traducirse las matemáticas al lenguaje verbal antes de dar a conocer los resultados al público expectante. La balcanización de las especialidades profesionales es una eterna amenaza. Y en los últimos años, la European Economic Association ha mejorado extraordinariamente su posición. Pero, aun así, no ha habido nadie que haya puesto seriamente en peligro la hegemonía de la AEA.

¿Por qué domina Estados Unidos? Porque es con mucho el más extenso y más profundo mercado del mundo de lo que ofrece la economía: en él hay de todo, desde la investigación más avanzada hasta la enseñanza más común, pasando por el diseño de mecanismos, el análisis estratégico y la realización de predicciones. Sólo en los mercados financieros hay miles de puestos de trabajo para los economistas. Los grandes bancos y las sociedades de Wall Street se han convertido en fuente de investigaciones serias. La administración de Estados Unidos gasta, principalmente a través de la National Science Foundation, varios cientos de millones de dólares al año en la formación de economistas y en el patrocinio de la investigación económica pura. Donde hay más oportunidades de especializarse, de profundizar, de contrastar las ideas ingeniosas con las de otros de parecida ambición, es en las universidades de Estados Unidos más centradas en la investigación (aunque también hay muchos estudiosos activos en sus universidades más dedicadas a la docencia).

Si se observa la lista de presidentes de la AEA de los últimos años, se verá una composición de todas las formas posibles de ganarse la vida. Está Arnold Harberger, cuyo matrimonio con una chilena fue un presagio del establecimiento de una estrecha y duradera relación entre los tecnócratas chilenos y la Universidad de Chicago, relación que a su vez acabó transformando, a través de una serie de ondas infinitamente pequeñas, la práctica de la economía del desarrollo en todo el mundo. Amartya Sen, que salió de un pueblecito bengalí para convertirse en director del Trinity College (Cambridge) a fuerza de hacer perspicaces preguntas sobre la naturaleza de la riqueza y la pobreza. Victor Fuchs, que comenzó estudiando el comercio minorista de pieles y se convirtió en uno de los principales estudiosos de la economía de la salud. Zvi Griliches, superviviente lituano del holocausto que concentró sus esfuerzos en el estudio de la importancia del maíz híbrido y centró la aten-

ción en la investigación y el desarrollo que realizan las grandes empresas. William Vickrey, brillante excéntrico canadiense, muy adelantado a su tiempo, del que casi se había olvidado la comunidad de economistas hasta que sus antiguos alumnos presionaron para que fuera elegido presidente de la asociación y abogaron por que se le concediera el Premio Nobel y lo consiguieron (murió tres días después de que se diera a conocer el fallo). Thomas Schelling, el estratega pionero que hizo que la teoría de los juegos sirviera a la economía de la vida cotidiana durante treinta años. Gerard Debreu, austero francés que codificó la economía matemática mientras el movimiento contestatario de Berkeley en favor de la «libertad de expresión» se desarrollaba bajo su ventana. De hecho, si nos remontamos en el tiempo, nos encontraremos con John Kenneth Galbraith, economista literario que criticó a los colegas de profesión en una serie de libros de amplia difusión y que se dice que fue elegido presidente sólo después de que su antecesor, Milton Friedman, irritara al comité de nominaciones (del que formaba parte) al afirmar que Galbraith «no era en absoluto un economista».

Por otra parte, muchos de los que más influyen en la economía nunca acuden al congreso, al menos no hasta que son reconocidos universalmente. La economía, como cualquier ciencia, reserva sus máximas distinciones a los que se dedican al campo de la investigación original y hacen cambiar de opinión a los profesionales. La presencia de un pequeño cuerpo de extranjeros miembros *honorarios* de la AEA (cuarenta como máximo) es, pues, una manera de reconocer a los pensadores más destacados de otros países: catorce del Reino Unido, seis de Francia, cuatro por cada uno de los países de Israel, Alemania y Japón; dos indios y un único representante de Australia, Bélgica, Hungría, España, Suecia y Suiza en 2004. Las figuras de mayor edad que no se espera que sean invitadas a ocupar el cargo de presidente, pero cuyas aportaciones se consideran notables, son nombradas miembros distinguidos de la asociación a un ritmo de dos por año, un premio de consolación. En la cima de la comunidad de economistas, al menos por el prestigio que tienen para *los de fuera*, se encuentran los Premios Nobel.

El Premio Nobel de economía es de reciente creación. Está reservado a las personas que han sido capaces de introducir algún cambio espectacular en el tejido, en la visión de la disciplina de la economía tal como la consideran todos los economistas. Estos pensadores a menudo no proceden del mismo grupo que los líderes elegibles de la asociación (los académicos más diplomáticos son los mejores presidentes). Hay, por supuesto, algunos casos en los que coinciden: Paul Samuelson y Milton Friedman recibieron el Premio Nobel y fueron buenos presidentes. Hay otros Premios Nobel que son personas que han trabajado a su aire manteniendo intensos contactos con pequeños grupos de otros especialistas, pero que, aparte de eso, han permanecido bastante alejados de los asuntos colec-

tivos. Los hay incluso que pueden no acudir a los *Meetings* hasta que no se les concede el premio; unos cuantos no van nunca. Lo que tienen estos pensadores en común es que poseen un profundo conocimiento de las reglas y las ideas que regulan el debate en lo que es para ellos una república de ideas. Son personas que de una u otra forma han cambiado lo que los economistas son capaces de ver.